

HORA SANTA

Por el

P. Mateo Crawley-Boeby

Editorial

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44 - 41003 SEVILLA

Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78

www.apostoladomariano.com

ISBN: 978-84-7770-415-7
Depósito legal: M. 47.270-2005

Impreso en España - *Printed in Spain*
Por: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)

PROLOGO

Esta hora debe ser de oración meditada. Así lo indicó el Señor a Santa Margarita M. de Alacoque:

«Todas las noches del jueves al viernes te haré participar de la mortal tristeza que yo quise sentir en el huerto de los Olivos... y para acompañarme en la humilde oración que ofrecí entonces a mi Padre en medio de todas mis angustias, te levantarás entre las once y las doce de la noche y te postrarás en tierra, tanto para aplicar la cólera divina, pidiendo misericordia para los pecadores, como para endulzar de algún modo la amargura que sentí por el abandono de los Apóstoles, que me obligó a reprenderlos por no haber podido velar una hora conmigo, y durante esta hora, harás lo que Yo te enseñaré.»

Decid, pues, cada uno en lo profundo de vuestro espíritu: «Jesús mío, gracias, porque me queréis hablar al corazón desde esa Eucaristía Santa en que os puso el amor; gracias, porque me facilitáis el que durante una hora mi oración se una a vuestra oración.

«Miradme, pues, desde ese Santísimo y dadme algo de aquel recogimiento con que los ángeles os acompañaren en Getsemaní y del amor con que la Reina de los ángeles, María Santísima, os supo hacer dulce vuestra Pasión, acercándose a vuestra cruz.»

HORA SANTA

Caía la tarde del Jueves Santo... Junto con las primeras sombras los horrores de una agonía espantable inundaban ya el corazón desgarrado de Jesús... El Nazareno Salvador era el Hijo del Hombre..., tensa una madre, ¡única en su ternura, divina en su hermosura! Su cariño y su mirada eran para Jesús, más que el cantar de los ángeles, más que el aura perfumada de los cielos... ¡era ella la bendición del Padre!... ¡Y debía dejarla por amor de los humanos! ¡Oh, Jueves Santo, día de las despedidas supremas del Maestro!... ¡Había llegado su hora! Postrado en tierra, de rodillas ante la Virgen María, el Hijo-Dios le pide licencia para morir en redención de sus verdugos!... Y entrecortada la voz por los sollozos, descansando su cabeza soberana sobre el pecho de su Madre, le confía Jesús a las ovejitas recobradas del rebaño... María le tiene estre-

chado entre los brazos, puesto el recuerdo en la cuna de Belén, y los ojos, milagrosamente iluminados, en el Calvario del mañana... ¡Y esa Reina llora, ungiendo la cabeza del Redentor con sus preciosas lágrimas..., llora, ofreciendo al Eterno Padre esa Víctima, el Cordero Inmaculado..., llora, bendiciendo al mundo, cuyo rescate comenzó en la casita dichosa de Nazaret, y que terminará al siguiente día de un cadalso de horror, de sangre y de vergüenza!... ¡Abraza delirante de amor al Hijo, y antes de que las espinas profanen su frente, la besa en nombre del cielo, porque es su Dios..., vuelve a besarle en nombre de la tierra, porque es su Rey..., y pronuncia un *¡fia!* desgarrador, omnipotente!... ¡Era ya la noche, Jesús ha confiado su madre desolada a los amigos de Betania y a los ángeles, y se aleja, llevando el alma anegada en una agonía más amarga que la muerte!

(Pausa)

Las almas.- Qué bien sienta, Jesús sacramentado, recordarte a esta hora, y en este día incomparable, esa tu primera angustia, cruelísima: el sacrificio de tu Madre, por amor del mundo desdichado... ¡Señor, no sólo como Dios que

eres, sino como Jesús, el Hijo de María, Tú penetras y comprendes la crueldad mortal de las separaciones de la tierra... y el dolor que provocan las ausencias, las despedidas y la muerte... ¡Ah!, precisamente porque eres Jesús; venimos, pues, a desahogarnos en aquella primera herida de tu Corazón, abierta al despedirte de María, dolorosa como ninguna Madre, desde ese instante!... Mira en Ella, Jesús, a tantas madres, a tantas esposas, a tantas almas que lloran hoy, ante el Sagrario, la ausencia de seres queridos...! ¡Cuántas llegarán mañana, solas, ante la Cruz ensangrentada... Sí, vendrán solas, porque la desgracia, ¡ay!, y tal vez la falta de fe, tienen alejados del hogar o de tus templos a un hermano, al esposo, o algún hijo... alejados, pero no despedidos, mil veces no, del Sagrario de tu Corazón, que es la resurrección de los caídos! En él, como en un cáliz, vienen a llorar contigo, en este Getsemaní, las angustias de la ausencia, muchas madres atribuladas, tantos padres cristianos, muchos hermanos desolados, que reclaman de tu Corazón, la paz, en el triunfo de tu amor en los hogares..., la paz en el regreso de los pródigos..., la paz en la resignación por las crueidades de la muerte!...

No importa que suframos nosotras, Maestro,

aquí a tu lado; pero que los nuestros sean también tuyos, que te adoren, que te amen todos, como el día sin nubes, de la Primera Comunión... ¡Oh, dulce Nazareno, recuerda las congojas de María, al despedirte Tú de ella, en Jueves Santo..., no olvides el postre abrazo de tu Madre, y el encargo que te hizo de velar, con especial ternura en la Eucaristía sacrosanta, por las madres doloridas..., y por todos los ausentes del hogar!...

(Pausa)

(Pedid a los Sagrados Corazones de Jesús y de María que, por la mutua aflicción del Jueves Santo, remedien tantas desdichas morales del hogar; en este día en el que nos obsequió su Corazón en la Santa Eucaristía, no puede negarnos esa gracia.)

Con el corazón lacerado, humedecido el pecho y los cabellos con las lágrimas de su divina Madre, sube Jesús la colina de Sión, y llega con los suyos a la sala de la última Cena de su vida... Está herido de amor... El llanto ha enrojecido sus ojos hermosísimos, y pugna todavía por brotar a raudales; pero el Maestro le contie-

ne prisionero en su Corazón, que ya agoniza... «Y como nos hubiera amado siempre con amor sin límites, en esa hora sublime, nos amó con exceso», con delirio infinito: deliciosamente enloquecido, por su propia caridad, se hizo pan... se hizo Eucaristía, e inerme, indefenso, aniquilado, se nos entregó en la Hostia, hasta la consumación de las edades... «¡Te venció el amor, Jesús! ¡Viva tu Corazón Sacramentado!»

(Pausa)

Al recordar la dádiva por excelencia del Corazón de Jesucristo, su maravillosa Eucaristía, hemos exclamado con ardor del alma: «¡Viva tu Corazón Sacramentado! Pero ¡ay! no es ése, no, el grito de un mundo que heredó la dureza de un pueblo deicida, y aun la perfidia del discípulo traidor. Ahí tenéis al Dios Sacramentado, ahí está, decepcionado de millares de sus redimidos... Fabricó la prisión de su Sagrario, inventó el cielo de la Hostia, y su pueblo le pagó con el olvido!..... Su pueblo hizo el silencio alrededor del Arca Santa, y ahí donde le veis, almas consoladoras, ahí le tiene abandonado entre las sombras de ese pobre calabozo, siendo el Dios,

que es la Bienaventuranza de los cielos... Llama, y su voz se pierde en el destierro; pide, y su reclamo se disipa en el silencio; se queja... y sus gemidos le apagan muchas veces, el clamor de sus hijos, que ríen y cantan, despreocupados por completo del Cautivo del altar... ¡Y el Hombre-Dios, conoció esta afrenta, y la saboreó en toda su indecible amargura al consagrarse el primer pan en Jueves Santo! ¡Oh, sí, lo supo, y su Corazón no vaciló, porque os esperaba a vosotras, almas fidelísimas..., porque os veía llegar con una plegaria de consuelo y de victoria ante su altar. Digámossele con una sola voz, y que esa oración sea un tiempo el desagravio de ese ignominioso olvido y la petición imperiosa de una nueva era de triunfo para el Corazón de Jesús Eucaristía...

Las almas.- Con el íntimo fervor con que comulgó San Juan de tu mano benditísima, y con la fe ardorosa de San Pedro, suplicámose; Jesús Sacramentado, que despiertes en las almas incontenibles ansias, hambre divina de comulgar. Te conjuramos, pues, que nos escuches:

Por la Primera Comunión distribuida a tus Apóstoles en la Cena misteriosa del Jueves Santo...

(Todos en alta voz.)

*¡Reina, Corazón Divino, por la Comunión
cada día!*

Por las protestas de amor y de fidelidad de
tus discípulos al entregarles el tesoro de tu Sa-
grado Corazón...

*¡Reina, Corazón Divino, por la Comunión
cada día!*

Por el poder maravilloso conferido a los
Apóstoles y por la institución del sacerdocio
para la perpetuidad de los misterios eucarísti-
cos...

*¡Reina, Corazón Divino, por la Comunión
cada día!*

Por la renovación, no interrumpida desde en-
tonces, del holocausto del Cenáculo y de la
Cruz en el maravilloso sacrificio de la Misa...

*¡Reina, Corazón Divino, por la Comunión
cada día!*

Por las inagotables larguezas de tu Corazón,
en las victorias otorgadas a tu Iglesia por el Sa-
cramento del altar...

*¡Reina, Corazón Divino, por la Comunión
cada día!*

Por los prodigios incessantes de santificación,

operados en la recepción frecuente y cotidiana del maná sacramentado...

¡Reina, Corazón Divino, por la Comunión cada día!

Por tu residencia fidelísima de veinte siglos de Sagrario, no obstante el olvido, el desdén y el sacrilegio...

¡Reina, Corazón Divino, por la Comunión cada día!

Por la sabiduría de tu Iglesia, al invitar con santo apremio a la recepción frecuente y diaria de la adorable Eucaristía...

¡Reina, Corazón Divino, por la Comunión cada día!

Por la ternura redentora que ha abierto a los pequeñitos, de un mundo que se pierde, el refugio de tu Corazón y de tu santo Tabernáculo...

¡Reina, Corazón Divino, por la Comunión cada día!

(Pausa)

(Pedid con especial fervor en esta tarde el triunfo del Sagrado Corazón en la Comunión diaria.)

El que es Señor del Cielo y soberano de la

tierra es ya el divino esclavo de los hombres..., el que nos dió la vida, se ha aniquilado; el que rompió nuestras ligaduras, las ha tomado para Sí, y es, por amor incomprendible prisionero nuestro desde el Cenáculo...

Arrastrando invisibles cadenas baja de Sión, se interna entre los olivos de Getsemaní... y, ¡cayendo ahí de hinojos, ora y comienza a agonizar!... Se cierne en este instante la tempestad de todos los dolores sobre su corazón despedazado, y entre medio de todas las congojas, repite, entre sollozos: «¡Los amo, Padre! ¡Hiere, pero salva, perdona a los humanos!»...

Arrecian las angustias, han pasado los verdugos, los blasfemos, los insultadores de la Cruz; los negadores de su Evangelio y de su amor... Y ha repetido: «¡Los amo, Padre!... ¡Perdona a los humanos!» Han pasado los apóstatas, los infelices renegados, que pisotearon el altar en que adoraron... ha pasado la muchedumbre infinita de cobardes, de los que temieron confesarlo, de los que se avergonzaron de su Rey y Salvador, y ha exclamado dolorido: «¡Los amo, Padre!... ¡Perdona a los humanos!...» Han pasado los perseguidores de su Iglesia, los que han lucrado con la mentira, los seductores de los pueblos, los hipócritas, los soberbios..., han pasado los

ruines, los indiferentes de conciencia, la turba incontable de los gozadores que profanaron el alma en un lodazal de pasiones nefandas... y el divino Agonizante ha repetido: «;Los amo, Padre!... ;Salva, perdona a los humanos!»... Han pasado los sacerdotes tibios e infieles, los padres mundanos y culpables de la perdición de sus hijos; han pasado los hogares con todos sus delitos, las sociedades con todas sus orgías, los pueblos y gobernantes con todas sus insultantes rebeldías..., han pasado los que abofetearon el Pontífice, su Vicario, y sollozando y ahogado en ese lago insondable de tedios, de horrores y agonías, ha balbuceado: *Sí, los amo, Padre; los amo!... ;Perdona a los humanos!»... ;Ay! como millares de saetas han venido, en fin, a azotar sacrílegamente su rostro y traspasar su Corazón los nombres de los malditos..., ¡de aquella legión innumerables de réprobos que, ungidos por su sangre y rescatados por su muerte, quisieron, sin embargo, morir y maldecir eternamente!... Esta-lla, entonces, el Corazón de Jesús en un sollozo infinito, y esa palpitacion violenta rompe sus venas... Palidece Jesús... pero, un instante des-pués, su rostro lívido, sus cabellos desgreñados, todo su cuerpo tembloroso está empapado en sangre... Cae entonces con la faz sobre el polvo

exclamando: «¡Padre, he aquí que he venido a hacer tu voluntad..., pero, si fuere posible, aparta de Mí este caliz!»... Estaba postrado en tierra todavía, cuando resonaron nuestros nombres en su Corazón agonizante...

Nos vió; sí, nos vió a los que estamos aquí presentes en esta hora dulce y santa de consuelo... Bajamos nosotros, con el ángel, para sostenerle... Sintió que le hacíamos descansar, desfallecido, entre nuestros brazos..., que le confortábamos con sacrificios, con ternura, con amor del alma..., y desde entonces nos sigue mirando a través de sus lágrimas y de las rejas de su cárcel, como a los amigos, como a los confidentes de su entristecido Corazón... Ese mismo Corazón palpita ahí, en esa misteriosa tumba... ¡Callemos, y que sus latidos nos cuenten sus congojas secretas, sus reclamos de amor, sus anhelos de triunfo!...

(Pausa)

(Consagraos en esta Hora, mil veces santa, a su Sagrado Corazón, y juradle amor eterno, en su divina Eucaristía.)

Era plena noche. «¡Vamos -dijo de pronto,

Jesús, despertando a los Apóstoles-; vamos, se acerca el que va a entregarme!» Un momento más y su Corazón se estremeció, cruelmente torturado, a la vista de Judas, el traidor. ¡Le había amado tanto!... Lo había predestinado entre miles..., lo hizo apóstol suyo y sacerdote... ¡Y por un vil puñado de monedas viene a entregar al Salvador!... ¡Le tiende los brazos..., ¡oh felonía!, y acercándose al rostro de Jesús, donde le besó su Madre Inmaculada, ahí le besa Judas!... Dulcísimo, pero hondamente conmovido, le dice Jesús: «Amigo, ¿con un ósculo me entregas?»... ¡Ay! ¡Cómo no se ha perdido, en tantos siglos, esa palabra de infamante reproche!... Es que los traidores viven aún expiando a su Maestro; esa raza perdura, vive de su sangre, sigue sorteando su túnica y negociando su Evangelio... Y el Señor, Jesús, porque es manso y porque es eterno, calla en ese Tabernáculo, testigo de las promesas que le hicieron, monumento acusador de traiciones...

Le besan y le entregan tantos, ¡ay! que, por renegar de su Maestro, reciben puestos, situación y las monedas viles siempre codiciadas...:

Le besan con perfidia, y le entregan, los infelices que se dicen desengañados de su doctrina salvadora..., y es que no soportan la santidad de

su mirada y de su ley... ¡Le besan y le entregan... tantos tímidos, que temen a los doctores y fariseos que persiguen a este Dios, que condena la falsedad y toda cobardía!... Y estos Judas son refinadamente crueles con Jesús, que se le acercan con fingimiento de respeto; le traicionan, según dicen, por deber ineludible de su situación, por honradez de convicción, por delicadeza de conciencia...

La almas.- Están decepcionados de Tí, Jesús, que eres la única verdad, el solo camino y la vida que nunca desfallece... ¡Oh! ¡En esta Hora Santa, sepulta en el olvido el ultraje sangriento de tantos que se han sentado a tu banquete, que participaron de tus confidencias, que fueron tus amigos y después te pospusieron a la escoria de la tierra!...

(Todos, en alta voz:)

¡Perdona las traiciones, Corazón Agonizante de Jesús!

Por el intenso dolor que afligió tu Corazón, en la traición villana del Apóstol, que te entregó con un beso de perfidia...

¡Perdona las traiciones, Corazón Agonizante de Jesús!

Por la decepción sufrida en la fuga bochornosa de los once discípulos que habían jurado amarte hasta la muerte...

¡Perdona las traiciones, Corazón Agonizante de Jesús!

Por la amargura saboreada en la triple negación de San Pedro..., por las lágrimas humildes con que reparó su presunción, y después, su lamentable cobardía...

¡Perdona las traiciones, Corazón Agonizante de Jesús!

Por el horrible desengaño de tu pueblo que, después de vitorear tu nombre, aclamó a tus verdugos y exigió tu sangre...

¡Perdona las traiciones, Corazón Agonizante de Jesús!

Por la congoja que sufriste en la ingratitud de aquellos que sanaste en tu camino, que cosecharon tus prodigios, y se unieron, sin embargo, a la turba decidida...

¡Perdona las traiciones, Corazón Agonizante de Jesús!

Por el llanto que arrancó a tus ojos la maldición de aquellas madres cuyos hijos bendijiste, por el lodo que esos niños arrojaron a tu rostro...

¡Perdona las traiciones, Corazón Agonizante de Jesús!

Por la honda herida que te abrió la desesperación de Judas, al desconfiar de tu misericordia inagotable...

¡Perdona las traiciones, Corazón Agonizante de Jesús!

Por las tristezas que te causaron las innumerables defecciones previstas en Getsemaní y que te ultrajarán, desgarrando, en el transcurso de los siglos, la túnica inconsútil de tu Iglesia...

¡Perdona las traiciones, Corazón Agonizante de Jesús!

Por la agonía mortal sufrida por la apostasía pública de algunos ministros de tu altar, por esa cruel lanzada, por los gemidos que te arrancaron las blasfemias de esos desdichados Judas...

¡Perdona las traiciones, Corazón Agonizante de Jesús!

(Desagraviad a Jesús por tantas traiciones de bajo interés y cobardía).

(Pausa.)

«¿A quién buscáis?», dice Jesús a los soldados, dominando con majestad divina un dolor immense... «¡A Jesús de Nazaret!», contestan a una voz los que venían sediento de su sangre... Un

momento más, y el dulcísimo Maestro se adelanta, ofrece las manos, doblega su cuello bajo una soga criminal... y, cautivo de los hombres, les entrega nuevamente el enamorado corazón...

Y vosotros, ¿a quién buscáis?, almas fervientes, en esta noche, aquí en este Getsemaní de su Sagrario?...

Las almas.- Venimos en busca tuya, Jesús de Nazaret... Es esta la hora del poder de las tinieblas, de la soledad y del pecado... Por esto hemos elegido el momento supremo de tu desamparo ¡oh Divino Agonizante del altar!... para sorprenderte a solas y ocupar en esta Hora Santa el puesto de San Juan y de los ángeles... Sí, yo soy tu dueño como he sido tantas veces tu verdugo... Déjanos, pues acercarnos a tu cárcel voluntaria y permite que besemos tus cadenas, que bendigamos los dichosos muros de tu calabozo; consiente que lloremos de amor al meditar en la sublime e incomparable cautividad del Hijo del Dios vivo... Aquí no fué ya un pecador quien te entregó, fué tu propio Corazón, el dichoso, el amabilísimo, culpable de esta prisión de amor...

Permítenos, pues, resarcirte ahora de las amarguras de tu cautiverio con el clamor de nuestra humilde adoración... Acércate, Jesús, a

las puerta de tu cárcel y recoge la plegaria de tus hijos fidélísimos: En los sagrarios todos de la tierra, en las hostias consagradas del mundo entero...

(Todos en voz alta:)

¡Te adoramos, Corazón de Jesús-Eucaristía!

En aquellos Tabernáculos enteramente abandonados, en aquellas lejanías donde quedas largos meses olvidado, entre el polvo del altar...

¡Te adoramos, Corazón de Jesús-Eucaristía!

En aquel sinnúmero de templos donde se ofende con irreverencias la humilde majestad de tu Sagrario...

¡Te adoramos, Corazón de Jesús-Eucaristía!

En el pavimento del Santuario, en el polvo del camino, en el fango de los muladares, en que las manos de un sacrílego han profanado la Hostia consagrada...

¡Te adoramos, Corazón de Jesús-Eucaristía!

En los labios del que te recibe como Judas, en su corazón, manchado por la culpa...

¡Te adoramos, Corazón de Jesús-Eucaristía!

En la esplendidez y pompa con que la Iglesia te ensalza en los cultos públicos de este Sacramento del amor...

¡Te adoramos, Corazón de Jesús-Eucaristía!

¡En el dichoso retiro de los monasterios, en el corazón de tus esposas vírgenes, que cantan al Cordero un himno de amor inmaculado!

¡Te adoramos, Corazón de Jesús-Eucaristía!

¡En unión de todos tus amigos que, en la adoración perpetua y en la Hora Santa, vienen a repararte y a visitarte, ¡oh Dios encarnado!

¡Te adoramos, Corazón de Jesús-Eucaristía!

En el pecho del moribundo que te ha llamado en su socorro, en ese corazón agonizante que desfallece ya, herido por la muerte...

¡Te adoramos, Corazón de Jesús-Eucaristía!

(Pausa)

No ha habido noche más horrenda, en sus dolores, que la noche del primer Jueves Santo de la tierra... No tenéis para qué reconstruir la escena de hace veinte siglos, almas fervorosas, cuando ahí tenéis a Jesús, sentado siempre en el banquillo de los criminales... reo de un amor infinito. Ahí le tenéis, desde entonces, vendados los divinos ojos por el llanto que le arranca la tibiaza de los buenos, de los suyos...; ahí está, objeto incesante de la bfea de los sabios y de los honrados de la tierra...; ahí sigue, siendo en

ludibrio sangriento de los que le temen en su misma inercia, en su silencio sacramental... «Tú, que resucitas a los muertos -le dice la incredulidad-, sal, si puedes, de esa tumba...; «Si eres Rey, -le dicen los gobernantes-, si es verdad que palpitas, Dios, en esa Hostia, adivina quién te hirió!», y le golpean con sacrilega legalidad, y profanan sus templos... e insultan la mansedumbre de su Corazón, que calla y que espera siempre perdonar...

Pero es, sobre todo, el pecado de altivez y de soberbia el que más le ultraja en la dulcísima humildad de su Sagrario... Es la rebeldía de Luzbel, el orgullo humano, la hez más amarga de su cáliz...

¡Oh!, en este día espera de nosotros, con derecho, un consuelo de humildad. ¡Ah!, sí, recíbelo mil veces, Jesús Sacramentado, en pago de amor, por aquella eterna noche de sacrilega profanación de tu persona, sufrida el Jueves Santo.

(*Lento y cortado.*)

Las almas.- ¡Te amamos, Jesús; concédenos la gloria de ser propuestos, por tu entristecido Corazón!...

¡Te amamos, Jesús; otórganos la dicha de ser

confundidos, por tu amargado Corazón!...

¡Te amamos, Jesús; concédenos la gracia de ser desatendidos, por causa de tu misericordioso Corazón!...

¡Te amamos, Jesús; otórganos la honra inmortal de ser burlados, por tu acongojado Corazón!...

¡Te amamos, Jesús; concédenos la recompensa de ser despreciados por la gloria de tu herido Corazón!...

¡Te amamos, Jesús; otórganos la distinción preciosa de ser injuriados, por el triunfo de tu Divino Corazón!...

¡Te amamos, Jesús; concédenos la fruición de ser algún día perseguidos, por el amor de tu sagrado Corazón!...

¡Te amamos, Jesús; otórganos la honra de ser aborrecidos en unión de tu Agonizante Corazón!...

¡Te amamos, Jesús; concédenos el privilegio de ser condenados por el mundo, en obsequio a tu Divino Corazón!...

¡Te amamos, Jesús; otórganos la amargura deliciosa de ser olvidados, por amor a tu Sagrado Corazón!...

¡Si el discípulo no ha de ser más que su Maestro te suplicamos, Jesús, nos des la parte

que nos corresponde en los vilipendios de tu Corazón Sacramentado... Consuélate de todos ellos, Maestro muy amado, pues estos tus amigos, poniendo en tu costado herido una palabra de humildad, te protestan que Tú eres, en esa Hostia, su única fortuna, su solo Paraíso!

(Breve pausa.)

El Jueves Santo no fué una hora de caridad y de agonía, de aquel día de siglos, que vivirá encarcelado en los altares, cautivo de los corazones, prisionero de nuestros templos, Jesús-Eucaristía... El Jueves Santo del Cenáculo y de Getsemaní se perpetuará para glorificación de Jesús hasta la consumación de las edades: este Sacramento del amor y de la fe quedará con nosotros hasta que la última Hostia se consuma en el pecho del último hombre que agonice...

¡Ah!, pero ese Sol de amor, el corazón oculto en el pecho de Jesús y en esa Hostia, no ha permanecido siempre velado a nuestros ojos, no! Incontenible en sus ardores de caridad y en los fulgores de luz misericordiosa, por la ancha herida del Costado, nos habla ese Corazón Sagrado, con gemidos de paloma... y, por fin, se re-

veta, un día venturoso, en toda la magnificencia de su amor, . Y es El, el Nazareno Divino, es el Maestro de Judea, apasionado de las almas... es el mismo Agonizante adorable, el mismo cautivo triunfador de Getsemaní... el que aparece ante los ojos extasiados de Margarita María, y el que, mostrándole su Corazón envuelto en llamas, dice: «He aquí el Corazón que ha amado tanto a los hombres...; no he podido contener por más tiempo el amor que por ellos me devora... Ved aquí que vengo, pues, a pedir amor por amor, corazón por corazón...; quiero trocar mi vida por vuestra vida... Estoy triste...: se me olvida..., se me ultraja! ¡Quiero consuelo, tengo ansias de un solemne desagravio en una gran festividad a mi Corazón!... ¡Vengo a exigir para él un homenaje, un culto victorioso; pues por él he de reinar... Venid a acompañarme en la adoración reparadora...; venid a convertir al mundo en la HORA SANTA... ¡Ah, venid a comulgar..., venid, tengo sed de ser adorado en el Sacramento del altar... Traedme al seno del hogar, al corazón del que padece, al lecho del pecador empedernido... y veréis la gloria y los prodigios de mi amor... Tomad y recibid, en esta Eucaristía, mi

Divino Corazón...; todo él os pertenece...: amadle..., amadle... y hacedle reinar!»

(Así habló el Dios de Paray-le-Monial, así nos sigue hablando por la deliciosa llaga de su pecho... Espera una respuesta en esta noche, que al esfumarse, como una visión del cielo, irá a confundirse en las horas de una eternidad feliz.)

(Pausa.)

Las almas.- «Angel de Getsemani, San Juan y Margarita Marfa, adoradores felices del Cenáculo, Virgen Inmaculada, acercaos todos, velad y orad con nosotros, y depositad nuestra última plegaria, no a los pies de Jesús Sacramentado, sino en la herida sangrienta del Costado... Señor, Jesús, Tú lo has dicho, Tú eres Rey..., a eso viniste al mundo, para reinar estableciste el sacrificio perpetuo del altar, para reinar nos revelaste los tesoros y los anhelos de tu Divino Corazón... No en vano nos aseguraste, Jesús, que por él incendiarías en tu amor al mundo desdichado...»

Cumple, pues, tus promesas; establece ya, nos urge, el reinado de tu amante Corazón.

(Todos en voz alta:)

Venga a nosotros el reinado de tu amante Corazón.

1. ¡Pronto, Jesús, sí, reina presto, antes que Satán y el mundo te arrebaten las conciencias y profanen, en tu ausencia, todos los estados de la vida!...

Venga a nosotros el reinado de tu amante Corazón.

2. ¡Adelante, jesús, y triunfa en los hogares, reina en ellos por la paz inalterable prometida a los que te han recibido en Hosannas!...

Venga a nosotros el reinado de tu amante Corazón.

3. ¡No demores, Maestro muy amado, porque muchos de éstos padecen aflicciones y amargas, que Tú solo prometiste remediar!...

Venga a nosotros el reinado de tu amante Corazón.

4. ¡Ven!..., porque eres fuerte, Tú, el Dios de las batallas de la vida, ven, mostrándonos tu pecho herido, como esperanza celestial en el trance de la muerte!...

Venga a nosotros el reinado de tu amante Corazón.

5. Sé Tú el éxito prometido en nuestros trabajos, sólo Tú la inspiración y recompensa en todas las empresas.

Venga a nosotros el reinado de tu amante Corazón.

6. Y tus predilectos, quiero decir, los pecadores, no olvides que para ellos, sobre todo, revelaste la ternura incansable de tu amor.

Venga a nosotros el reinado de tu amante Corazón.

7. ¡Ay! son tantos los tibios, Maestro, tantos los indiferentes a quienes debe inflamar con esta admirable devoción!

Venga a nosotros el reinado de tu amante Corazón.

8. «Aquí está la vida», nos dijiste, mostrándonos tu pecho atravesado... ¡Permité, pues, que ahí bebamos el fervor, la santidad a que aspiramos!

Venga a nosotros el reinado de tu amante Corazón.

9. Tu imagen, a petición tuya, ha sido entonizada en muchas casas... En nombre de ellas, te suplico sigas siendo en todas el Soberano muy amado.

Venga a nosotros el reinado de tu amante Corazón.

10. Pon palabras de fuego, persuación irresistible, vencedora, en aquellos sacerdotes que te aman y que te predicen como Juan, tu apóstol regalado.

Venga a nosotros el reinado de tu amante Corazón.

11. ¡Y a cuantos enseñen esta devoción sublime, a cuantos publiquen sus inefables maravillas, resérvalos, Jesús, una fibra vecina a aquella en que tienes grabado el nombre de tu Madre!

Venga a nosotros el reinado de tu amante Corazón.

12. Y, por fin, Señor, Jesús, danos el cielo de tu Corazón a cuantos hemos compartido tu agonía en la Hora Santa, por esta hora de consuelo y por la Comunión de los primeros viernes, cumple con nosotros tu promesa infalible..., te pedimos que en la hora decisiva de la muerte,

Venga a nosotros el reinado de tu amante Corazón.

(Pausa breve.)

Y reclinados ahora dulcemente en tu sagrado pecho, déjanos decirte:

Te bendecimos y te amamos, Jesús, por todos los que te aborrecen.

Te bendecimos y te amamos por todos los que te blasfeman.

Te bendecimos y te amamos por todos los que te profanan con el sacrilegio.

Te bendecimos y te amamos por todos los que te niegan en este Sacramento.

Te bendecimos y te amamos por todos los indiferentes que te olvidan.

Te bendecimos y te amamos por todos los buenos que abusan de la gracia.

Te bendecimos y te amamos en esta Eucaristía con el Corazón de tu divina Madre, y con la caridad de todos los predestinados.

Y si te hemos negado alguna vez, perdona, ¡oh Dios Sacramentado!..., y, en desagravio, déjanos reconocerte en el Sagrario en que Tú vives... Si te hemos ofendido por fragilidad o por malicia, déjanos servirte en eterna esclavitud de amor eterno, porque es más muerte que vida la que no se consume en amar y en hacer amar tu amante, tu olvidado, tu Divino Corazón, en la Santa Eucaristía: ¡venga a nosotros tu reino!

(Un *Padrenuestro* y *Ave María* por las intenciones íntimas de los presentes.

Un *Padrenuestro* y *Ave María* por los agoni-

zantes y pecadores.

Un *Padrenuestro* y *Ave María* por el triunfo universal del Sagrado Corazón, especialmente en la Comunión diaria, en la HORA SANTA y en la entronización del Sagrado Corazón en los hogares).

Acto final de Consagración.

¡Hosanna a Ti, Jesús, hosanna, en reparación de los millones de criaturas que ignoran por completo tu presencia real en los Sagrarios; en nombre de todos ellos te adoramos, Señor, y te amamos con amor más fuerte que la muerte!...

¡Hosanna a Ti, Jesús, hosanna, en reparación de los que, creyendo en este sublime misterio, vivien tranquilos, sin comulgar jamás, desdefiosos del maná de tus altares; en nombre de todos ellos te adoramos, Jesús, y te amamos con amor más fuerte que la muerte!

¡Hosanna a Ti, Jesús, hosanna, en reparación los que creen en tu Eucaristía y la profanan con horrendo sacrilegio; en nombre de todos ellos te adoramos, Señor, y te amamos con amor más fuerte que la muerte!

¡Hosanna a Ti, Jesús, hosanna, en reparación de los que, por culpable tibieza, se retraen del

comulgatorio y te reciben sólo muy de tarde en tarde y con recelos de un temor exagerado, que te ofende; en nombre de todos ellos te adoramos, Señor, y te amamos con amor más fuerte que la muerte!

¡Hosanna a Ti, Jesús, hosanna, en reparación de tantos buenos y piadosos, de tantos sacerdotes que pudieran ser santos con sólo darse generosamente a la devoción de tu sagrada Eucaristía, consagrándose sin reserva a este amor de los amores, a este culto reparador, incomparable; en nombre de todos ellos te adoramos, Señor, y te amamos con amor más fuerte que la muerte!

¡Oh, sigue, Jesús, revelando las maravillas de tu Corazón desde esa Hostia!... ¡Avanza, Dios oculto y vencedor, avanza, conquistando en el comulgatorio alma por alma, familia por familia, hasta que la tierra entera exclame alborozada: «¡Alabado sea el Divino Corazón en su Eucaristía salvadora...; a El, sólo a El, en los altares, gloria y honor por los siglos de los siglos: vega a nós tu reino!»